

EL QUINTO NO MATAR

POEMA EN UN CANTO

Carta escrita á la niña *Pepita Sandonal y Krus*, con motivo de la muerte de mi ahijada *Guillermina*.

I

Conque ¡imperiosamente
me mandas en tu carta peregrina
que te diga á ti cosas y te cuente
la historia de mi ahijada Guillermina?
En cuanto á ti, á quien amo tiernamente,
te diré ¡que sé yo!... que eres divina;
y con respecto al ángel de pureza
de unos ojos tan grandes y tan bellos,
que se veía en ellos
cuanto más grandes eran, más tristeza,
te contaré que es tan fatal mi suerte,
que soy como aquel bardo de la historia
que, mientras tuvo voz, arpa y memoria,
cantó á una niña *ausente por la muerte*.

II

Con un mirar muy dulce y concentrado,
la pobre ahijada mía,
como el tuyo, tenía
un aire serio, encantador y honrado.
Tú sola eres tan bella;
tú eres, como ella, el sol más hechicero;
y tú también, como ella,
eres un ser que con el alma quiero.
Sus pestañas llevaban
el pudor y la sombra cobijados,
y, con serena majestad, sombreaban
sus ojos, por modestia algo asustados;
y como, en torno de ellos, se sentía
la seducción que viene desde adentro,
dondequiera que estaba, ella era el centro
de un grande remolino de alegría.
Mórbida y gruesa con igual encanto,
era airosa aun cubierta con un manto;

y de salud y de bondad modelo,
se parecía al serafín de un cielo;
pues, cual si un ángel de Murillo fuera,
á la luz de un candor inextinguible,
aquella niña buena y hechicera
parece que podría, si quisiera,
ser impalpable, es más, ser invisible.

III

Un día, aquella niña candorosa,
avezada á las tiernas efusiones,
con cierta ortografía caprichosa
me escribió estos renglones
(que los copió, dictándose los ella,
otra *Licurga* grande y menos bella),
cuyas letras, cual notas musicales,
en fantásticas formas dibujadas,
recordaban, en grupos desiguales,
los dedos misteriosos de las hadas:
«Padrino, ven, ó moriré de espanto:
de veras te lo digo.
Como en un mes he padecido tanto,
tengo un hambre voraz de hablar contigo.
» ¡Cuánto recuerdo, de ternura llena,
que mi madre, formando mis delicias,
me solía probar que yo era buena
con razones de abrazos y caricias!
» ¡Qué diferencia de hoy, padrino mío!
¿Recuerdas que, al traerme á este convento,
porque hacía en el coche mucho frío,
los pies me calentabas con tu aliento?
» Ven pronto á que te cuente
la causa que mis males ocasiona:
y después, francamente
me dirás si una tórtola es persona.
» ¡Lo que está aquí pasando hasta es impío.
Me tratan de manera
como si yo, á mi edad, ya no supiera
que *el quinto es no matar*, padrino mío!»

IV

¿El quinto no matar? ¡Virgen María!
en mi interior decía.
¿Si aquel coro adorable
de angelitos de Dios, allí metido,
habrá por inocencia cometido
alguna atrocidad inconfesable?

Pero luego pensé, Pepita amable,
que el ser mala á tu edad es ser divina;
y abrigué la esperanza inapreciable
de que la gran culpable
lo fuese mi adorada Guillermina;
porque, lo mismo á mí que á todo viejo,
en materias de gracia femenina
me hace feliz el género diablejo.

Y al convento marché sin mucha pena,
pues fui compadeciendo
á la niñez que, de inocencia llena,
va de un grano de arena
una montaña haciendo;
hasta que, el tiempo andando,
por un gentil error de óptica extraña
su tamaño achicando
llega por fin, bajando,
á ser grano de arena la montaña.

V

Llegué y reinaba en el asilo santo
un silencio profundo,
hijo sin duda del terrible espanto
que he de contar, aunque se asombre el mundo.

Es el caso que un día
las pensionistas con horror supieron
que, cuanto ellas pensaban, se sabía;
y, además, advirtieron
que cuando alguna averiguar quería
quién era la habladora
que á las niñas vendía,
—Todo, todo—la anciana directora—
me lo cuenta á mí un pájaro—decía.
E irritadas, el pájaro buscando
con febril movimiento,
las niñas conspirando,
un plácido rumor iban formando
de hojas de flor movidas por el viento;
hasta que, al fin, llegando
el terrible momento,
una niña valiente
—¡Esa es!—gritó con varonil acento,
señalando á una tórtola inocente
que amaba con pasión la directora;
y luego otra oradora
todavía más fiera y elocuente,
aseguró que, decididamente,
la tórtola era mala y habladora.



EL QUINTO NO MATAR

aquella desalmada compañía,
con la gracia á que nada se resiste,
no la volvió ya á echar desde aquel día
migas de pan revueltas con alpiste.

Y juzgándola autora de sus males,
á morir á la tórtola condena
aquella reunión de criminales,
que imitaba, afilando sus puñales,
el ronco despertar de una colmena.
Y siguiendo á la vaga teoría
la insurrección armada,
al ave calumniada
que en el convento había
(y que por viuda y tórtola tenía
la desdicha de ser dos veces triste),
aquella desalmada compañía,
con la gracia á que nada se resiste,
no la volvió ya á echar desde aquel día
migas de pan revueltas con alpiste.

VI

Poco después el pájaro inocente
murió; mas claramente
adivinar se deja
que, por otras cuidada, dulcemente
la tórtola feliz murió de vieja.
Mas ¡oh qué crueldad, Pepita mía!
en términos fatídicos y oscuros,
la anciana directora, que creía
que es digna de castigo la alegría,
á aquellos seres puros
los acusó de corazones duros;
pues creen algunas, de ternura ajenas,
que á las muchachas, ángeles sin alas,
aunque les cause penas,
para que sean buenas
es forzoso decirles que son malas;
y por eso, con aire pensativo,
ya no alegraron el retiro santo
con el candor nativo
de aquellas risotadas sin motivo
que de las niñas son la voz y el canto;
y era tal el espanto
que de noche sentían,
por si en la sombra aparecer veían
el espectro del pájaro ofendido,
que, despiertas, de miedo que tenían,
se hacían compañía haciendo ruido.

VII

Mas tú preguntarás: y, ya pasadas
 esas tristes jornadas
 que de un hombre honrarían el denuedo,
 ¿qué hacían las terribles conjuradas?
 Como siempre, espantadas,
 rezar juntas, llorar y tener miedo;
 y más cuando la niña tan valiente,
 acobardada ahora,
 se atrevió á preguntar tímidamente:
 —Las tórtolas, señora,
 ¿tienen, lo mismo que nosotras, alma?—
 Y, admirando el candor la directora,
 —¡Vaya si tienen!—respondió con calma.
 Y al oír tal sentencia,
 lo mismo que unas pobres golondrinas
 temblarían de un buitro en la presencia,
 aquella sociedad de Catilinas
 sintió remordimientos de conciencia.

VIII

Y hasta aquella preciosa criatura
 que, objeto de mis ansias más constantes,
 llegué á abrazar, poco antes
 de empezar su postrera calentura,
 al hallarme á su lado, tiernamente
 suspiró, más que dijo, lo siguiente:
 —Soy muy mala, es verdad, mas no me riñas.—
 Y continuó mirándome de frente,
 con unos ojos grandes, todo niñas:
 —Porque apurada ya nuestra paciencia,
 dejamos morir de hambre
 á una tórtola bruja y habladora,
 la madre directora
 á todos asegura
 que somos un enjambre
 de niñas sin conciencia,
 sin más Dios que el placer y la hermosura.
 —Cuenta, cuenta, hija mía,
 lo que de ti la tórtola decía—
 dije á la pecadora
 que confesaba, trémula y sumisa,
 la muerte de la tórtola habladora
 con una turbación que daba risa;
 y poniendo en su voz el tono amante
 que hace divina la palabra humana,

sigue así, mientras brilla su semblante
 con toda la hermosura del mañana;
 y ¡oh, qué grato es oír cómo nos cuenta
 sus muchos desengaños
 una boca de miel de pocos años
 á unos torpes oídos de cincuenta!
 —Cuando yo me dormía—
 la niña proseguía—
 la tórtola, mirándome á la frente,
 todo cuanto soñaba me veía,
 por más que, con cuidado
 al dormirme, acostándome de lado,
 con el brazo hasta el pelo me cubría.

Por aquella habladora,
 cuya muerte hoy á todas nos aqueja,
 supo la directora
 que por ser, cual mi madre, una señora,
 tengo yo mucha prisa de ser vieja;
 y no falta quien jura
 que le dijo que yo, por no ser buena,
 la lectura amo más que la costura,
 y que cualquiera música que suena
 me gusta mucho más que la lectura:
 que soy tan vanidosa,
 que, si cojo una luz, de amor avara,
 me la acerco á la cara
 para que vean bien que soy hermosa;
 que tengo sentimientos inhumanos,
 porque á veces, muy pocas, se me olvida
 besar el pan que, estando distraída,
 se me suele caer de entre las manos;
 que el semblante risueño
 acostumbro poner por cualquier cosa,
 y los dientes enseño
 porque, estando resuelta á ser graciosa,
 nunca sé desistir de tal empeño;
 que el ser pobre me pesa;
 y que tal fe la vanidad me inspira,
 que sueño que soy reina, y es mentira,
 porque suelo soñar que soy princesa;
 y en fin, que soy tan loca,
 que sólo pienso en cosas imposibles...—
 Y, diciendo otras gracias indecibles,
 con un beso después cerré su boca.

Y mientras yo estrechaba
 sus manos con las mías,
 y ella en seguir contando se empeñaba
 su serie de preciosas niñerías,
 ya á perturbar su clara inteligencia
 la fiebre comenzaba,

y exaltada la niña, en su inocencia,
á intervalos serena, prorrumpía:
—Si escuchase estas cosas, ¿qué diría
mi padre, que es tan bueno, y me enseñaba
la piedad, el perdón y la paciencia?—

IX

Como á la estancia aquella
un extenso jardín la circundaba,
junto á la niña enferma se aspiraba
un perfume de flor que se ignoraba
si procedía del jardín ó de ella.

Crecía con el mal la calentura;
y, ya orando la pobre criatura,
ya uniendo las ideas con trabajo,
me acariciaba hablándome muy bajo;
y cuando, ya inconexos, terminaban
los rezos que sus labios dedicaban
á su padre, á su madre y sus hermanos,
poniéndolas en cruz se acariciaban
cual dos palomas sus redondas manos.

Y en el postrer momento
fué la tórtola viuda
su gran remordimiento,
pues eran tal su horror y sentimiento,
que el alma de aquel pájaro, sin duda,
inquietaba, al morir, su pensamiento.
¡Así, niña querida,
á aquella criatura,
cuya memoria pura
tendrá fin con mi vida,
después de tan horrible calentura
llegó la muerte y la llevó dormida;
mientras yo, inconsolable,
cuando su almita desplegaba el vuelo,
por la parte del cielo
oía cierta música inefable!...

X

De este modo llegó, como jugando,
el más largo y más hondo de mis duelos.
¡Conforme sopla el viento, va arrastrando
sueños del hombre y nubes de los cielos!
Y ¿nunca más, alma del alma mía,
he de volver á verte?
¡Cuánta razón tenía

la antigua poesía
que puso al lado del placer la muerte!
¡Adiós, días serenos,
que, hundiéndoos de la noche en el abismo,
dejáis mis ojos de tinieblas llenos!
¡Murió! ¡Cómo ha de ser! ¡Siempre lo mismo!
¡Una tristeza más y un sueño menos!

XI

¡Llora por mí, Pepita encantadora:
y hoy que el pesar mi corazón traspasa,
ven, por piedad, á reemplazar ahora
á aquella ave canora
que ahuyentaba el dolor de nuestra casa!

Tu mano compasiva
cierre mi herida, para siempre abierta,
porque es muy justo que la niña viva
me alivie de la pena de la muerta.
Y evitando el atroz remordimiento
de no ser fiel al *quinto mandamiento*,
te ruego, por lo mucho que me quieres,
hada, como ella, buena y hechicera,
que mientras seas niña, como hoy eres,
no ofendas á una tórtola siquiera:
y teniendo presente la experiencia
de aquella criatura
de quien fué el torcedor de su conciencia
un pájaro, que es sólo en la Escritura
emblema del candor y la inocencia,
cuando llegues á ser en adelante
más amada que amante,
como una mujer bella es tan terrible,
¡honor de Portugal, gloria de España!
al poner esos ojos en campaña
no mates á ninguno, si es posible.

XII

¡Santo Dios! ¡Quién creería
que, antes que yo, á la tumba bajaría
la que, templando de mi edad las penas,
junto á la mar un día y otro día,
rebotando alegría,
después de coger conchas y azucenas
mecida en mis rodillas se dormía!
¡Adelante, ansias mías, adelante!
Muramos con la niña idolatrada.

Mas ¡ay! si para el pobre caminante
 es larga todavía la jornada,
 ¿no habrá un recuerdo amante
 de mi vida pasada
 que á aligerar constante
 venga el dolor de mi alma destrozada?...
 ¡Gracias, gracias, espíritu radiante
 de mi madre adorada,
 porque al verme llorar, desconsolada,
 has venido á abrazarme en este instante!

LA CALUMNIA

POEMA EN DOS CANTOS

A mi querido amigo y paisano el señor
don Cayetano Sánchez y Bustillo.

CANTO PRIMERO

DICEN QUE DICEN...

I.

Es Marcela una esposa honrada y bella;
 pero Jorge, su esposo,
 ó por falta de juicio, ó por celoso,
 ve con despecho gravitar sobre ella
 el peso de un enigma misterioso.

Aunque Marcela ignora,
 como alma casi exenta de pecado,
 qué causa le ha robado
 el corazón del hombre á quien adora,
 esa innoble y común maledicencia
 que añade á lo entrevisto lo inventado,
 con reticencias viles
 va trazando, trazando, de ella en torno
 los siniestros perfiles
 de unas vagas sospechas sin contorno;
 y siendo una beldad tan candorosa,
 y de pureza tanta,
 que apostar se podría cualquier cosa
 á que, más que mujer, es una santa,
 ya siente una tristeza sin objeto,
 pues sabe que en la vida
 se hace verdad mentira repetida;
 y, aunque lleva en sí misma su respeto,
 para arrancar del corazón humano
 la dicha y el reposo,
 basta el aire sutil de un dicho vano,
 como basta un gusano
 para perder el fruto más hermoso.

II

Lo cierto es que Marcela, que era buena,
 llegó á saber con pena
 que su nombre llevaba